Esclava de su galan

4244

TEATRO ESPAÑOL.

LA ESCLAVA DE SU GALAN.

comedia en tres jornadas,

de Lope de Vega Carpio.

4

Lis.
Oct. Pues

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS C.ª DE S.N MARTIN 2 MADRID

114-61

LA ESCLAVA DE SU GALAN.

COMEDIA EN TRES JORNADAS,

De Lope de Vega Carpio.

=

PERSONAS.

Don Juan, galan.
Leonardo, galan.
Ricardo, galan.
D. Fernando, barba.
Elena, dama.
Serafina, dama.
Finea, esclava.
Ines, criada.
Pedro.
Alberto.
Florencio.
Un notario.
Antonio.
Fabio.
Criados.
Acompañamiento.

JORNADA PRIMERA.

PLAZA.

ESCENA PRIMERA.

Don Juan de estudiante, y Elena.

ELENA.

Esto se acabó, don Juan.

JUAN.

No es este lenguage tuyo,
y de ese término arguyo
que mal consejo te dan.

ELENA.

Eso de argüir es bueno
para escuelas.

DON JUAN.

Novedad:
Elena, tu voluutad,
sin argumentos, condeno.

ELENA.

Supongo que la he tenido.

DON JUAN.

Qué mala suposicion!

ELENA.

Pues yo, don Juan, qué leccion
ó facultad he leido?

DON JUAN.

Aguardo la consecuencia.

ELENA.

Habla como para mí.

DON JUAN.

Qué puedo hablar para tí
con tan cansada licencia?

ELENA.

Quieres que la tome yo,
y te diga lo que siento?

DON JUAN.

Prosigue, que estoy atento.

ELENA.

Pues has de enojarte?

DON JUAN.

No.

ELENA.

Yo soy hija, don Juan, de un hombre indiano,
hidalgo montañés, muy bien nacido:
dióme su luz el cielo mejicano,
que fué para nacer mi patrio nido;
mas la fortuna resistida en vano,
por sucesos, que ya los cubre olvido,
le trajo á España con alguna hacienda,
ó persuadido de su amada prenda.
Hizo eleccion mi padre de Triana
patria de algun emperador romano,
para vivir; la causa fué una hermana,
ó por no se meter á ciudadano.
Finalmente pagó la deuda humana,
con su muger, el venerable anciano,
dejándome, ni rica ni tan pobre,
que el sustento me falte ni me sobre.
Aqui he vivido con tan gran recato,
que se puede escribir por maravilla,
pues que desde Tríana, verdad trato,
pasé dos veces solas á Sevilla.
Pienso que asi mi condicion retrato,
pues habiendo de aquesta á aquella orilla
paso tan breve á dividir sus olas,
á Sevilla pasé dos veces solas.
Mas como siempre en los mayores dias
las desventuras suelen ser mayores,
tú, que tan libre como yo, vivias,
viste en mí la ocasion de tus errores.
Seguísteme á Triana, y las porfias
de tus paseos, escribiendo amores,
aunque rasgué con justo enojo algunos,
mostraron lo que venceu importunos.
Yo te escribí, para decirlo en breve,
y yo tambien te amé, porque entendia,
que el casamiento, que al honor se debe,
tu amor el pensamiento dirigia.
Con esto el necio mio, ya se atreve
á darte entrada como á prenda mia:
entras con libertad, y en este medio
hallo, que es imposible mi remedio.
Dicen que vale cinco mil ducados
la Prebenda eclesiástica que tienes,
y que ya de tu padre los cuidados
no se atienden á mas de que te ordenes.
Si tú pensaste, que sin ser casados,
porque á Triana de Sevilla vienes,
tengo yo de perder el honor mio,
mal consejo te dió tu desvario.
Ayer lo supe, y ese mismo dia
vino mi tio de Jerez, que estimo
por padre, el cual dispensacion traia
para casarme luego con mi primo.
Y como yo como tu ingratitud veia
á darle el si con lágrimas me animo,
y hoy parte por su hijo y por mi esposo,
porque dentro de un mes será forzoso.
Cual hombre noble hubiera entretenido
una muger de prendas con engaños,
habiendo de ordenarse, aunque hoy han sido
claros de tu maldad los desengaños?
Pensaste tú burlar mi honor vencido?
pues si gastaras infinitos años
en locuras de amor, no me vencieras,
si Ulises fueras, si Narciso fueras.
Yo estoy, don Juan, resuelta, y es muy justo,
como estado tan alto, que te ordenes,
porque es razon, y de tu padre gusto;
de renta cinco mil ducados tienes.
Yo perdono el engaño, aunque fué injusto,
que un pecho de traiciones ofendido,
volando pase desde amor á olvido.

DON JUAN.

Elena, á tantas verdades,
qué respuesta darte puedo,
porque todas las concedo
sin poner dificultades?
Mas para qué te persuades
que mi verdad te engañó?
pues cuando te quise yo,
ni la Prebenda tenia,
ni mas qne amarte sabia,
que es lo que amor me enseñó.
Mi padre alcanzó despues
la renta, de qne yo estaba
seguro, cuando buscaba
mas bien ni mas interés,
que merecer esos pies.
Dios sabe sí lo senti,
y si parte no te dí,
fué porque no quise, Elena,
que partiéramos la pena,
que era sola para mí.
Pasó adelante mi amor
encubriendo mi desdicha,
do empeñándote á mas dicha,
que algun honesto favor:
pero si por ser traidor
tomas venganza en casarte,
bien puedes desengañarte
de que amor me ha permitido
que me hubiese sucedido
con que poder obligarte.
Vés la renta, y vés tambien
de mi padre el justo enojo?
pues de todo me despojo;
aunque mil muertes me den.
Será entonces querer bien,
ó mentira, si me obligo
para cumplir lo que digo?
mira si es prueba de fé,
pues todo lo dejaré,
y me casaré con tigo.
Que, quien dejára por ti
el propio ser en que vive,
no hará mucho en que se prive
de lo que es fuera de si:
yo voy á hablar desde aquí
á quien licencia nos dé.

ELENA.

Detente

DON JUAN.
Ya no podré.
ELENA.
Qué intentas?
DON JUAN.
Tú lo verás.
ELENA.
Loco estás.
DON JUAN.
No puedo mas.
ELENA.
Míra tu honor.
DON JUAN.
Para qué?
ELENA,
Tanta renta no es error?
DON JUAN.
No has visto un niño, que viene
á dar un doblon que tiene,
porque le den una flor?
pues haz cuenta que mi amor,
que amor en nada repara,
como el ejemplo declara,
si lo que vé le contenta,
es niño, y deja la renta
por el clavel de tu cara.

(*Vánse.*)

ESCENA SEGUNDA.

Don Fernando y Antonio.

ANTONIO.
Como si fuera mia me ha pesado.
DON. FERNANDO.
Pues á mí no me da mucho cuidado:
hacienda tengo, gracias á los cielos.
ANTONIO.
Que no puedan armadas ni desvelos
contra aquestos rebeldes holandeses!
DON. FERNANDO.
Les ayudan ingleses,
mas no siempre suceden sus fortunas
con tal prosperidad, que si hay algunas
en su favor, nuestro descuido ha sido.
ANTONIO.
El duque muerto ya, quien es vencido,
basta ahora que á la memoria aplique,
DON FERNANDO.
Y en Puerto-Rico el conde don Enrique.
ANTONIO.
En Cádiz y el Brasil, qué os han tomado?
DON FERNANDO
Diez mil pesos serian, y han quedado,
gracias á Dios, cien mil, y solamente
para don Juan mi hijo.
ANTONIO.
Nadie siente
bien de vuestra eleccion, siendo tan rico.
DON FERNANDO.
A la iglesia le aplico,
y trato de ordenarle brevemente,
por causa que me obliga,
que no á todos es bien que se la diga.
Tiene de renta cinco mil ducados,
que vale la prebenda, y mis cuidados
le llegarán á diez, á lo que creo.
ANTONIO.
El estado es tan alto, que su empleo
no puede ser mayor; pero quisiera,
que vuestra casa sucesion tuviera,
dilatada á los nietos.
DON. FERNANDO.
Este intento
nace de aborrecer el casamiento.
ANTONIO.
Por qué razon? no es cosa justa?
DON FERNANDO.
Y tanto.
que es Sacramento Santo:
pero pues sois mi amigo, estad atento,
que quiero, y es razon, satisfaceros.
ANTONIO.
Y yo escucharos, mas que responderos.
DON FERNANDO.
Pasé á las indias, mozo, y con hacienda;
casé con una dama, y aunque hermosa,
cansóme, Antonio, como propia prenda,
que en conquistar mi amor no fué dichosa;
llevando pues la edad suelta la rienda,
me enamoré de una criolla ayrosa,
y no muy linda, así en el mundo pasa,
por lo feo, lo hermoso déja en casa.
Esto de los conjuros que sabia,
aunque es necia disculpa de casados,
de suerte enloqueció mi fantasía,
que el depósito fué de mis cuidados:
tuve en ella á don Juan, que no tenia
hijos de mi muger, con que elevados
quedaron mis sentidos: que locura!
que quien todo lo acaba no lo cura.
ANTONIO.
Admiracion me ha causado,
que bastardo sea don Juan.
DON FERNANDO.
Qué pierde, rico y galan,
si el rey le ha legitimado?
ANTONIO.
Y qué hace ahora?
DON FERNANDO.
Pasando
está en mi huerta.
ANTONIO.
Estudioso
mancebo.
DON FERNANDO.
Es tan virtuoso,
que siempre le estoy rogando
deje el estudio, y él porfia,
y ahora debe de ser,
porque presto ha de tener
un acto de Teología.
Caso estraño! maravilla

rara! que este mozo sea
tan honesto, que no vea
una muger en Sevilla,
habiendo tanta hermosura!
en esto no me parece.

ESCENA TERCERA.

Dichos, Leonardo.

LEONARDO.

Justo parabien merece,
y ha sido mucha cordura.
Estoy, señor don Fernando,
enojado con razon:
cómo en tan grande ocasion
nos olvidais, despreciando
la amistad y vecindad?

D. FERNANDO.

De la plata que he perdido,
daros cuenta hubiera sido
pesadumbre, y no amistad.

LEONARDO.

De la plata no sé nada,
pésame si os alcanzó
parte; lo que digo yo,
pues que casando á don Juan,
lo haceis con tanto secreto.

D. FERNANDO.

Si es burla, para qué efeto?

LEONARDO.

Burla, si él y Pedro están
pidiendo que por temor
vuestro, licencia le den
sin que se amoneste?

D. FERNANDO.

Bien:
gracioso engaño!

LEONARDO.

Y mayor
el no lo creer así;
pues al juez han informado,
que le mataréis airado
si lo sabeis.

D. FERNANDO.

Don Juan?

LEONARDO.

Si.

D. FERNANDO.

Vístelo?

LEONARDO.

Si no lo viera
os lo viniera á decir?

ESCENA CUARTA.

Dichos, D. Juan y Pedro.

DON JUAN.

En fin, mandó recibir
nuestra informacion?

PEDRO.

Espera
que está mi señor aquí,
no entienda lo que tratamos,
que en grande peligro estamos,
que si lo sabe, ¡ay de ti!

D. FERNANDO.

Don Juan?

D. JUAN

Señor?

DON FERNANDO.

Yo pensé,
hijo, que pasando estabas
en la huerta.

DON JUAN.

De ella vengo:
tanto deseo que salga
este acto de Teología,
para tu honor y mi fama.

DON FERNANDO.

Bien dicen: bien se confirma
con el cuidado que andas
de casarte, pues que ya
secreta licencia sacas.

PEDRO.

Zape!

DON JUAN.

Yo, señor: que dices?

PEDRO.

Vivit Dóminus, que estaba
cuando intrabimus per portan,
soplaverunt, en la sala.

DON FERNANDO.

Hijo, no recibas pena,
ni los colores te salgan
al rostro, que en dar estado,
mucho los padres se engañan
contra el gusto de los hijos.
Dime, por Dios, si te casas,
que cien mil ducados tengo;
tu padre soy: por qué causa
fias tu secreto á un mozo,
y de tu padre te guardas?
Hay otra luz en mis ojos,
ni otros ojos en mi cara?

DON JUAN.

Señor....

D. FERNANDO.

No te turbes, di.

PEDRO.

Confiesa, señor, que aguardas?
advierte que dice, que eres
oculorum de su cara.

DON JUAN.

Señor, si verdad te digo,
por tu gusto me ordenaba;
yo no soy para la iglesia,
cásome con una dama
virtuosa y bien nacida,
aunque pobre.

DON. FERNANDO.

Esas palabras
han salido de tu boca,

sin que yo te saque el alma
fuera?
Saca la espada.
LEONARDO.
Estais en vuestro seso?
para vuestro hijo espada?
DON JUAN.
Señor don Fernando.
DON FERNANDO.
Fuera.
PEDRO.
Cogevitur en la trampa.
LEONARDO.
Teneos.
DON FERNANDO.
Qué he de tenerme?
vil bastardo, asi se hallan
cinco mil ducados? fuera.
PEDRO.
Bastardos los padres llaman
lo que ellos hacen? que estotro,
como él le hiciera en su casa,
qué le costaba salir
mas por muger que por dama?
DON JUAN.
Señor, pues quisiste bien,
cuando sin disculpa andabas
con la madre que me diste,
por qué mis años infamas?
tengo yo culpa de ser
bastardo?
PEDRO.
Veritas clara.
DON FERNANDO.
Ahora bien, por los presentes
con la infame vida escapas:
vete de Sevilla luego,
que la hacienda que pensaba
dejarte, al primer convento
la dejaré por mi alma.
Ola, echadle esos vestidos
y libros por la ventana:
idos, pícaro.
PEDRO.
Señor,
yo no me caso.
DON FERNANDO.
Si á casa
volveis, yo os haré colgar
de una reja.
PEDRO.
Cuare causa?
soy yo pierna de carnero?
DON FERNANDO.
Ea, los bastardos vayan
al royo de Ecija.
PEDRO.
Yo?
Mas qué, tambien nos levanta,
qué, nos hizo á los dos juntos?
LEONARDO.
Mirad, señor, que se para
gente á escuchar vuestras voces.
ANTONIO.
Entraos, señor, que ya basta.
(*vánse*).

ESCENA QUINTA.

Don Juan y Pedro.
PEDRO.
Buenos quedamos.
DON JUAN.
Qué quieres?
como eso los hombres pasan
por amor.
PEDRO.
Si fuera amor
persona, como es fantasma,
qué de veces me la hubiera
dado dos mil cuchilladas!
Al rollo de Ecijaá un hombre,
que mañana se ordenaba
de vísperas? vivit Dominus,
que he de ir á Roma: esto pasa?
qué habemos de hacer?
DON JUAN.
Morir.
PEDRO.
Las puertas cierran.
DON JUAN.
Cerradas
debe de tener tambien
quien las cierre las entrañas.
PEDRO.
Qué cerca estás de llorar!
DON JUAN.
Pues de eso, Pedro te espantas?
ayer un coche y criados,
casa, hacienda, padre y galas,
y hoy cerradas estas puertas?
PEDRO.
Presto se abrirán si llamas,
con decir que te arrepientes,
y que te ordenen mañana.
DON JUAN.
Aunque mil muertes me den,
de proseguir no dejara
el casamiento de Elena.
PEDRO.
Desde la Elena Troyana
ha quedado por herencia
quemar troyas, perder casas:
mas, quiero darte un consejo.
DON JUAN.
Cómo?
PEDRO.
Deja la sotana
y viste galas y plumas,
finge que te vas á Italia,
y entra á pedirle la mano,
que es padre, y hará en el alma
cosquillas de ausencia.
DO JUAN.
He visto

gran crueldad en sus palabras.

PEDRO.

No creas en esas furias,
pídele la mano, y saca
por fuerza nna lagrimilla,
que se la moje al tomarla,
qne tú le veras mas tierno
que una cocida patata.

DON JUAN.

Y si no puedo llorar?

PEDRO.

Lleva la balona untada
de la mano con cebolla,
y haz que te limpias, que basta
para qne llores seis dias.

DON JUAN.

O Elena! ó bien empleada
pena! ayude tu hermosura
el ánimo que desmaya,
ver lo que pierdo por tí.

PEDRO.

Ya arrojan por las ventanas
tus vestidos.

Arrojan los vestidos, libros y otras cosas.

DON JUAN.

Bravo enojo.

PEDRO.

Anda la mar alterada,
y aligeran el navio:
voy á buscar mi sotana.

DON JUAN.

Ay Diosl si se han de perder
de doña Elena las cartas,
y una cinta de cabellos!

PEDRO.

Qué joyas?

DON JUAN.

Joyas del alma.

PEDRO.

Cierto que hay almas buhoneras,
pues andan siempre cargadas
de cintas y de papeles.

DON JUAN.

Ay mi Elena!

PEDRO.

Ay mi sotana!

DON JUAN.

Ay papeles!

PEDRO.

Ay gregüescos!

DON JUAN.

Ay mis cintas!

PEDRO.

Ay mi cama!

DON JUAN.

Quien supiere que es amor
apruebe mis esperanzas,
y no diga qua estoy loco,
pues quedo con sola el alma.

(vánse.)

ESCENA SESTA.

Serafina y Finea con mantos, y Ricardo.

SERAFINA.

No me habeis de acompañar.

RICARDO.

La vida, señora mia,
podeis, no la cortesia,
aborreciendo, qnitar.

SERAFINA.

No son las calles lugar
para tratar casamientos.

RICARDO.

Si se han de dar á los vientos
por vuestro injusto rigor,
desde donde iran mejor
á sus propios elementos?

SERAFINA.

Déjame.

RICARDO.

Vuestros empleos
eran materia sin mí.

SERAFINA.

Y qué me direis asi?

RICARDO.

Que estais muy mal empleada.

SERAFINA.

Y estuviera mejorada
en vos?

RICARDO.

Presumo que si:
no porque no haya en don Juan
muy grandes merecimientos,
vuestros altos pensamientos
mirad vos qué fin tendran
con quien mañana se ordena:
pues qué loco amor condena
á una muger principal,
á que se quede tan mal,
que se quede con su pena?
Toda la accion se comprende:
quien lo que espera no entiende,
disculpa tiene del daño,
donde el fin oculto está;
mas qué disculpa tendrá
quien ama con desengaño?

SERAFINA.

Yo, Ricardo, ya que os veo
conmigo tan declarado,
que en vez de vuestro cuidado,
me decís mi propio empleo.
satisfaceros deseo,
Don Juan se crió conmigo;
fué su padre gran amigo
del mio, y lo es de Leonardo
mi hermano.

RICARDO.

Mas causa aguardo.

SERAFINA.

Qué mayor de lo que digo?
Creció el amor con la edad;

porque quien imaginara,
que tan presto comenzara
su oficio la voluntad?
Al principio fué amistad
simple de honesta ignorancia;
pero la perseverancia
juntó las cosas distantes,
y desde amigos á amantes
no hay un paso de distancia.
Queriáme bien don Juan,
pagábale yo tambien;
pero en medio de este bien,
que bienes presto se van,
ó fué, como era galan,
admitido de otra dama,
cuyas perfecciones ama,
ó yo le desagradé,
que aunque él lo niega, lo sé,
que me aborrece y desama.
Hágolo seguir de dia
y de noche: caso estraño!
que no teme el desengaño
quien tanto hallarle porfia:
ni en casa de amiga mia
largas visitas dilata,
ni le han visto hablar ni ver
en calle ó campo á muger,
y con tibiezas me mata!
Muerta entre tantos desvelos,
sin saber qué puede ser,
soy la primera muger,
que tiene celos sin celos:
asegura mis recelos
con regalarme, y jurar
en oyéndome quejar;
pero en materias penosas,
no hay cosas mas sospechosas,
que el jurar y el regalar.
Aquí viene la eleccion
de su padre, y aquí viene
pensar que el amor no tiene
amistad con la razon.
Bien sé que mi pretension
ningun fin puede tener;
pero quién ha de poder,
amando, dejar de amar,
si hay tantas leguas que andar
desde amar á aborrecer?
Esta, pues habeis querido
saberla, fué la ocasion;
pude amar por la razon,
Ricardo, que habeis oido;
pero no dar al olvido
tantos años de amistad,
que hay mucha dificultad
en mudar el pensamiento,
cuando está el entendimiento
sujeto á la voluntad.

RICARDO.

Habeisme favorecido:
que un discreto desengaño
nunca hizo tanto daño
como un engaño fingido.
Yo voy muy agradecido
al bien que aqueste me ofrece;
mirad qué premio merece
quien le tiene por favor,
y si agradeciera amor,
quien desengaño agradece.
Con esto palabra os doy,
no de no amaros, pues veo
ejemplo en vuestro deseo,
y desengañado estoy;
mas no hablaros desde hoy
en mi fina voluntad,
ni estorbar vuestra amistad:
quered á don Juan, que es justo,
porque no es amar con gusto
donde no hay dificultad.
Que si venganza quisiera,
qué mayor que ver que amais,
donde el amor que empleais,
ni fin ni remedio espera?
Rogaré al tiempo que quiera
templar esta ardiente llama,
no obligando á quien os ama
los méritos que teneis,
aunque licencia me deis
para querer otra dama.

(Vase.)

ESCENA SEPTIMA.

Serafina, Finea: despues Leonardo.

SERAFINA.

Cortés caballero!

FINEA.

Tanto,
que lástima le he tenido:
fuerte desengaño ha sido.

SERAFINA.

Toma, Finea, este manto,
que no es tiempo de mirar
en lo que no puede ser.

FINEA.

Notable cosa es querer.

SERAFINA.

Mas notable es olvidar.

(Sale Leonardo.)

LEONARDO.

Serafina?

SERAFINA.

Hermano mio,
de donde?

LEONARDO.

Vengo admirado
de dos cosas, con razon,
de casa de don Fernando:
la primera, que se casa
don Juan.

SERAFINA.

Qué don Juan hermano?

LEONARDO.

Don Juan su hijo.

SERAFINA.
Es posible?
LEONARDO.
Debajo de hábitos largos
suele haber muy poco juicio.
Qué bien su padre ha empleado
lo que le cuesta el ponerle
en un estado tan alto!
Loquillo ignorante, en fin,
un mozuelo enamorado,
que arroja hacienda y honor,
y estudio de tantos años,
por lo que mañana creo,
y aun hoy, estará olvidado,
si lo tuviese esta noche,
como en el alma los brazos.
La segunda que me admira,
no es el ver el padre airado,
porque es grande la ocasion:
pero el ver que llegue á tanto,
que despues de haber querido
matarle desesperado,
ha echado con grande nota
por las ventanas abajo
toda su ropa y vestidos,
sus libros y cuanto halláron
ser del pobre caballero.
Paréce que te ha pesado.
SERAFINA.
Pues á quién no ha de pesar,
y con mas razon que á éntrambos,
que nos criamos con él?
LEONARDO.
Entra, que quiera que vamos
á hablarle esta tarde juntos,
si vive, porque ha quedado
de cólera casi muerto.
SERAFINA.
Hasta ahora fué mi daño
un imposible de amor,
ya es mayor· pues es agravio;
porque quién podrá sufrir
los zelos desengañado?
que el amar un imposible
no ha menester desengaños.

ESCENA OCTAVA.

Don Juan y Pedro de soldados.

DON JUAN.
Ya vengo como tu quieres.
PEDRO.
Y como el tiempo lo manda;
esto de plumas y banda
es hechizo de mugeres:
mucho se ha de holgar Elena.
DON JUAN.
Mi padre quisiera yo.
Ay mi casa! quien te vió
de tantas riquezas llena
solamente para mì,
y ahora te veo cerrada!
PEDRO.
Qué la cólera pasada
toda ha de ser para ti?
DON JUAN.
No me des á conocer,
Pedro, un hombre tan airado,
que mató, mal informado,
su desdichada muger.
PEDRO.
Mal informado?
DON JUAN.
Pues no?
PEDRO.
Bien haya, amen, pues lo eres,
quien sabe honrar las mujeres.
DON JUAN.
Nací de las piedras yo?
PEDRO.
Oh sabrosos animales!
no es hombre el que os tiene en poco.
DON JUAM.
Yo á lo menos estoy loco.
PEDRO.
No todas nacen iguales;
pero como no sean brujas
de estas que andan á chupar,
que es menester preguntar
si son de pierna ù de agujas.
Y consuélate, don Juan,
de cuanto puedes perder,
que mas perdió por muger
no habiendo mas de un Adan.
Qué virtuosas! qué santas
disculpan aquella culpa!
por Dios que tiene disculpa
quien se pierde donde hay tantas.
DON JUAN.
Ea, acaba de llamar.
PEDRO.
A mi hecharánme, señor,
yo tomaria el olor,
aunque no fuese de azar;
pero temo algun cascote.
DON JUAN.
Pues para qué me he vestido?
PEDRO.
El cuento viejo ha venido
aqui á pedir de cogote.
Juntáronse los ratones
para librarse del gato;
y despues de un largo rato
de disputas y opiniones,
digeron que acertarian
en ponerle un cascabel,
que andando el gato con él,
guardarse mejor podian.
Salió un raton barbicano,
colilargo, ojiquerromo,
y encrespando el grueso lomo,
dijo al senado romano,
despues de hablar culto un rato:
quién de todos ha de ser

que poco despues fatigan?

PEDRO.

Pues á qué escritura obligan
dos palabras amorosas?

DON JUAN.

Bien dices, que desde aqui
habemos de negociar;
mas cuando pienso llegar
esta noche para mi?
muero por ir á Triana,
muero por ver á mi Elena.

PEDRO.

Basta un mes de injusta pena,
dejemos para mañana
ir á Triana, señor,
porque si esta noche vas,
á Serafina darás
sospecha de ageno amor.

DON JUAN.

Eso dices? si pensára
no verla, cuando en Sevilla,
tuviera por maravilla,
que la vida me durára
hasta que el alba saliera.
Ay noche! ven, porque el sol,
dejando el polo español,
cubra la Antártica esfera.
Deja, sol, que el negro manto
pueda su rostro eclipsar,
que aunque temieras el mar,
no te detuvieras tanto.
Embarca tu resplandor,
que en ver la noche me niega:
con mis lágrimas navega,
que soy todo un mar de amor.
Vete, que no he menester
celages de tu mañana,
que está mi aurora en Triana,
y ella me ha de amanecer,
Vamos, Pedro.

PEDRO.

Tente un poco.

DON JUAN.

No es de noche?

PEDRO.

En tu sentido:
tanta es la luz que ha perdido
quien está de amores loco.

DON JUAN.

Pues di, no tengo razon?
no es hermosa y virtuosa?

PEDRO.

Virtud, sobre ser hermosa,
es la mayor perfeccion;
y asi, será justo empleo,
pero con mucho de juicio.

DON JUAN.

Pues es para su servicio,
ayude Dios mi deseo.

ESCENA NOVENA.

Don Fernando y Elena.

DON FERNANDO.

Tan contento estoy de ti,
Bárbara, que desde hoy
eres lo mismo que soy.

ELENA.

Cuanto ha sido contra mi
hasta ahora la fortuna
la perdono justamente,
si no es que de nuevo intente
de este bien mudanza alguna;
pues piadosa me ha traido
á servir á un caballero.
de quien mi remedio espero.

DON FERNANDO.

Bárbara mi dicha ha sido;
y pues que lo siento asi,
se vé en lo que te he fiado;
todas las llaves te he dado,
rige y gobierna por mí
criados, casa y hacienda:
tanto de tu entendimiento
y virtud estoy contento:
y porque tu pecho entienda
que es lo menos que te fio,
óyeme atenta, y sabrás,
lo que á mí me importa mas,
todo el pensamiento mio.
Ya tengo un hijo...

ELENA.

Ya sé
todo el suceso, señor,
que lo dijo Leonor
el dia que en casa entré.

DON FERNANDO.

Este pues inobediente,
estando para ordenarse,
dió en que habia de casarse
y ausentóse cuerdamente,
que pienso que le matara.
Despues á Sevilla vino,
y en casa está de un vecino,
que á mi disgusto le ampara.
Entre todos los enojos
que me ha dado este rapaz,
anda amor metiendo paz,
porque es la luz de mis ojos.
Yo finjo que le aborrezco,
y nadie sabe de mí
lo que he fiado de tí.

ELENA.

Dios sabe que lo merezco.

DON FERNANDO.

Quiero, porque me han contado
que vive enfermo y perdido,
que tú, como que has querido,
viéndome con él airado,
cuidar de su enfermedad,
que como á propio señor

le veas y de mi amor
sustituyas mi piedad.
Y pues que las llaves tienes
muy discreta en regalarle
te ocupa, sin declararle
que por mí, Bárbara, vienes,
sino por tu obligacion;
que sé que en viendo á don Juan
tan entendido y galan,
dirás que tengo razon.
No hay mozo en toda Sevilla
no lo digo como padre
mas gallardo: fué su madre
en Méjico maravilla,
y muy principal muger;
que á ser lejitimo amor,
mas tiene de su valor
que de mí puede tener.
Lo primero has de llevar
esto sin nombrarme á mi
unas camisas, que aqui
quedaron por acabar.
Y toma en esta bolsilla
cincuenta escudos, que está
pobre, y no los hallará
sobre prendas en Sevilla.
Pienso que estas entendida.

ELENA.

Y cómo? señor, muy bien,
y de camino tambien,
con el alma agradecida,
la confianza que haceis
de esta humilde esclava vuestra:
en lo demas, bien se muestra,
que piadoso procedeis
como padre, imitacion
del verdadero consuelo.

DON FERNANDO.

Si tú con discreto celo,
pues se ofrecerá ocasion,
le pudieses persuadir
que dejase de casarse
y que volviese á ordenarse,
no le dejes de advertir
lo que ganará conmigo.

ELENA.

Señor, cómo podré yo
sabiendo que no bastó
tu enojo ni tu castigo?
pero en fin, yo te prometo
de hablarle en esto, y muy bien.

DON FERNANDO.

Haz, Bárbara, que te den
las camisas en secreto,
que ya acabadas estan;
y si en este amor reparás,
yo se que me disculparas
si hubieras visto á don Juan;
y quiero que se te acuerde,
mirándonos á los dos,
que siente Dios, con ser Dios,
un hijo que se le pierde.

ELENA.

Ha de ir alguno conmigo?

DON FERNANDO

Fabio, que te enseñará
la casa que cerca está.

(*Vase.*)

ESCENA DECIMA.

ELENA.

Alabo, ensalzo y bendigo
la piedad que usais conmigo
Cielo, en aquesta ocasion
parece que el corazon
me miraba don Fernando,
y que de él fué trasladando
mi propia imaginacion.
Que podré ver á don Juan
despues de tan larga ausencia!
que dineros y licencia
de regalarle me dan!
Parece que ya se van
declarando mi favor
los cielos, pues el rigor
piadoso de un padre airado,
da cuidado á mi cuidado,
y añade amor á mi amor.
Con la gracia que me hablaba
con las que don Juan tenia,
como qeu yo no sabia
que me cuestan ser su esclava.
Lo mismo que deseaba
me ofrecia liberal;
porque con suceso igual
sea mi ejemplo testigo,
de que suele un enemigo
hacer bien por hacer mal.

(*váse*)

ESCENA XI.

Florencio y Ricardo.

SALA.

FLORENCIO.

No siempre puede amor lo que imagina.

RICARDO.

Juré, Florencio, no ver á Serafina
despues de ver tan claro desengaño,
y aunque pensé que fuera por mi daño
un milagro de amor ha sucedido,
que fué con otro amor, quedar vencido.

FLORENCIO.

Si tiene alguna cura
la locura de amor, es la hermosura
de otra muger; y asi dijo un poeta,
aunque es pasion que tanto nos sujeta,
para vencer amor, querer vencerle.

RICARDO.

No pienso yo ponerle
remedio tan violento;
pero andando con este pensamiento,
vi una muger adonde puso el cielo
dos estrellas de fuego en puro hielo,
un talle tan gallardo, honesto y grave,

un mirar tan suave,
un andar tan gracioso,
y en cada parte un todo tan hermoso,
que vivo sin sentido:
mas todo lo que veis, ya fué el olvido
de aquel pasado amor, que ya me abrasa
y me enciende una esclava de esta casa.

FLORENCIO.

Esclava ?

RICARDO.

Sí.

FLORENCIO.

Qué bajo pensamiento!

RICARDO.

Sin verla no culpeis mi entendimiento.

FLORENCIO.

Es africana?

RICARDO.

Es India, y justamente.
que siendo sol viniese del Oriente,

FLORENCIO.

Mal gusto, y en que el vuestro desatina
dejar el serafin por Serafina,
por una esclava bárbara.

RICARDO.

Su nombre,
Florencio, es ese; y porque no os asombre
mi pensamiento justo,
mirad su talle y alabareis mi gusto.

ESCENA XII.

Dichos, doña Elena y Fabio con un azafate.

FABIO.

Esta es la casa.

ELENA.

Qué tan cerca era?

FABIO.

Quisieras tú que á la alameda fuera?
la devocion de San Troton te obliga.

ELENA.

Nunca salgo de casa.

FABIO.

Pues, amiga,
si señor te hace ama, ten paciencia,
demas, que las ventanas en ausencia
de la calle, no son poco remedio.

ELENA.

Nunca por ese medio
remedio yo la soledad que paso.

FABIO.

Ventana no?

ELENA.

Soy yo boton acaso
que tengo de estar siempre á la ventana?

RICARDO.

Qué os parece la indiana?

FLORENCIO.

Que trajo cuantas perlas y oro Arábia
en la tierra y la mar el sol las cria.

ELENA.

Entra, Fabio, diras á lo que vengo.

(Vase Fabio.)

RICARDO.

Luego disculpa de quererla tengo?

FLORENCIO.

El lacayo se ha entrado
en casa de Serafina.

RICARDO.

Traerán de don Fernando algun recado;
pues Bárbara divina...

ELENA.

Vuesa merced suplico se detenga,
antes que el hombre con quien vengo, venga.

RICARDO.

Por qué pagas tan mal lo que te quiero?

ELENA.

Qué obligacion me corre, caballero ?

RICARDO.

Amor no obliga?

ELENA.

Obliga con servicios
y amorosos oficios,
no con palabras y ánimos donceles,
que aun en tiempo de Adan le daba pieles.

RICARDO.

Quieres tú galas ? quieres tú dinero?

ELENA.

No puedo yo deciros lo que quiero.

RICARDO.

Quieres que te rescate ?

ELENA.

Ni por el pensamiento de eso trate:
todo mi gusto en esta casa tengo,
esclava de mí misma á verme vengo.

RICARDO.

Ya te he entendido, quieres á Leonardo?

ELENA.

No es don Juan mas gallardo?

RICARDO.

Pues quieres á don Juan?

ELENA.

Como á mi dueño,
que en lo demas ya se que fuera sueño,
pues quiere una muger con quien se casa.

RICARDO.

Pues, Bárbara, si sabes lo que pasa,
quiéreme á mí, que en indio me transformas
pues Idolo te formas
de marfil y de oro,
y siendo tú mi sol, indio te adoro.
Ea, dame una mano, porque en ella
te ponga este diamante,
que aunque es muy bella, quedará mas bella.

ELENA.

Quedito, y salvo el guante,
que soy un poco arisca,
y con las nueve efes de Francisca,
fé, fineza, firmeza y fortaleza,
soy toda junta un monte de aspereza,
y le quiero añadir el ser famosa.

RICARDO.

Pues déjame tocar con solo un dedo
el clavo de tu rostro.

ELENA.
Lindo enredo!
soy cuenta de perdones?
por sus ojos, que mude de estaciones.
RICARDO.
Yo he de comprarte á don Fernando.
ELENA.
Creo,
que aunque busqueis para tan necio empleo
mas piedras, oro y perlas, que un poeta
pueda pintar un dia.
no os venderá una chinela mia:
el hombre sale, á Dios,
FLORENCIO.
Muger discreta,
pero taimada.
RICARDO.
Vamos, que yo espero
mi remedio en engaño ó en dinero.
(*váuse*).

ESCENA XIII.

Fabio, Elena.

FABIO.
Don Juan sale á recibirte,
y las camisas dí á Pedro.
ELENA.
Pues vete, asi Dios te guarde
que tengo cierto secreto,
que me dijo mi señor
que dijese á don Juan.
FABIO.
Vuelvo
dentro de una hora por tí.
ELENA.
Vuelve, poco mas ó menos.
FABIO.
Quien son aquellos lindones
que te hablaban?
ELENA.
Caballeros,
que cansados de faisanes...
ya entiendes, Fabio.
FABIO.
Ya entiendo
ELENA.
Celitos? soy yo muy propia
para oir lacayunos celos?
FABIO.
Por el agua de la mar,
que he de darles, si los veo
otra vez, una mojada,
que llaman acá los diestros
la de Domingo Gayona.
ELENA.
Son estos los aposentos
de don Juan?
FABIO.
Sí
ELENA.
Vete.
FABIO.
A Dios.
(*Váse.*)

ESCENA XIV.

Elena, D. Juan y Pedro.

DON JUAN.
Mal podré tener contento,
Pedro, con tanta desdicha;
hoy á mis hábitos vuelvo
PEDRO.
No debió de poder mas,
que por ventura la hicieron
fuerza, su tio y su primo.
DON JUAN.
Qué fuerza, si fué el concierto
que á casarme volveria?
PEDRO.
Como no lo hiciste fuego,
entró la desconfianza,
que no hay cosa que mas presto
rinda y mude una muger.
DON JUAN.
En lo que su engaño veo
es en negar sus criados,
y decir, que no supieron
quien la llevó ó donde fué.
PEDRO.
Hablemos, señor, primero
de esta esclava de tu padre
que dice que es su gobierno,
y no mudemos de ropa,
que fuera, sin grande acuerdo
vender risa á la ciudad.
DON JUAN.
Buen talle!
PEDRO.
Y gentil aseo.
DON JUAN.
No he visto esclava en mi vida
de mejor traza.
PEDRO.
El invierno
tenga yo tales frazadas,
y los veranitos frescos
estas colchas de la China.
ELENA.
Temblando me está en el pecho
el corazon; señor mio
hoy á vuestros pies presento
una esclava.
DON JUAN.
No prosigas:
Jesus! Jesus! qué es aquesto?
alza el rostro, no lo bajes:
qué es esto, Pedro?
ELENA.
Bien puedo
si las lágrimas me dejan.
PEDRO.
Señor, vive Dios, que creo,
que habemos los dos bebido.

DON JUAN.

Ay Pedro! lágrimas bebo
de un ángel; pero bien dices,
que aquesto es locura ó sueño:
háblame, señora mia,
háblame, y dime si tengo
mi fantasia en tu sombra
fuera de mi entendimiento?

PEDRO.

Señora, dime quién eres?
han hecho algun embeleco
estas moras de Sevilla?
eres tú? quién eres? presto,
que estoy por huir de tí.

ELENA.

Yo soy don Juan; yo soy Pedro;
pues quien, si no yo, pudiera
arrojar al mar soberbio,
de tu padre, honor y vida?
que de una amiga sabiendo,
que dar queria á un esclavo
su hacienda. este pensamiento
se me puso en la memoria,
y ejecutólo el deseo.
Tuve tal felicidad,
que ya de tu padre tengo
hacienda y casa en mi mano.
Hoy me descubrió su pecho,
y me dijo, que sabia
que habias venido enfermo;
y que venias á curarte,
siendo yo cierva que vengo
llena de flechas de amor
al agua de mi deseo.
Este dinero me ha dado,
tan declarado y tan tierno,
que á los ojos se asomaban
las lágrimas por momentos.
Díjome, que yo te diese,
en lugar del casamiento,
consejos, que no te doy,
que son contra mí consejos.
Fingí hierros en mi cara,
porque estan los verdaderos
en el alma, señor mio,
donde no los borre el tiempo.
Hierro es este de mi vara,
porque el del alma es cierto,
que solamente por mi
se dijo: acertar por yerro.
Hierro parece, y es flecha,
que del arco de sus celos
amor me tira á la boca,
porque le sirva de seño.
Haz que me pongan tu nombre,
porque sepan muchos necios,
(que fundan en intereses
todos los amores nuestros)
que hubo una muger que fué
por solo agradecimiento
esclava de su galan,
por el nombre y por los hechos.

DON JUAN.

Dulce esclava de mi vida,
de mi libertad señora,
hierro que mi alma adora,
señal por mi bien fingida:
hoy ha de quedar corrida
la griega y romana historia;
pues en vuestro honor y gloria,
que para siempre ensalzais,
con esta hazaña dejais
en olvido su memoria.
Templado habeis mis enojos,
porque ese clavo, recelo,
que es como signo del cielo
para el sol de vuestros ojos:
templad tambien mis antojos,
que á imaginar me provoca,
que es la señal que en vos veo,
porque no yerre deseo
el camino de la boca.
Que os habiais ido pensé,
luego que os busqué en Triana,
alli me hallé de mañana,
¡qué triste noche pasé!
Es posible que os hallé!
yo solo el errado fuí;
pero siendo el hierro aqui
de vuestra cara fingido,
en siendo vuestro marido
me lo pasareis á mí.
Que como suele en la imprenta
pasar la letra al papel,
vendré yo á quedar con él,
y vos de este hierro esenta,
mirando está el alma atenta
como le podrá pasar,
donde en inmortal lugar
le pueda tener por vos;
pero presto querrá Dios,
que la podamos trocar.

ESCENA XV.

Dichos, Serafina, luego Finea.

PEDRO.

Señor, Serafina.

ELENA.

Quién?

SERAFINA.

A ver vengo vuestra esclava.

DON JUAN.

Esclava, aquesta señora
es Serafina, la hermana
de Leonardo, grande amigo
de mi padre.

ELENA.

Qué gallarda!
qué gentil! qué bien dispuesta
señora!

SERAFINA.

Qué bella esclava!

ELENA.

No codicies en el mundo
otra cosa ni otra esclava,
si aquesta dama teneis.

SERAFINA.

Pues, amiga como os llaman?

ELENA.

Bárbara, señora mia.

SERAFINA.

Pues, Bárbara, no soy dama,
si no muger de don Juan.

ELENA.

Qué sois vos con quien se casa?

SERAFINA.

A lo menos lo he de ser.

ELENA.

Eso solo me faltaba (*aparte.*)
para dar el parabien
á cierta loca esperanza.

SERAFINA.

quién hizo aquellas camisas?

ELENA.

Esas mugeres las labran,
que sirven á mi señor.

SERAFINA.

Mejor estarán guardadas
para cuando quiera Dios.

DON JUAN.

Vete con Dios, que te tardas,
Bárbara.

ELENA.

Si, mejor es,
pues aqui ya no hago falta,
y en mi casa podrá ser

FINEA.

Aqui, señora, te aguardá
una visita.

SERAFINA.

Quién es?

FINEA.

Tu grande amiga Lisarda.

SERAFINA.

Perdonad, señor don Juan;
luego volveré.

(*Vase*).

ESCENA XVI.

Elena don Juan y Pedro.

DON JUAN.

No salgas,
Bárbara, sin que te lleve
Pedro desde aqui á tu casa.

ELENA.

Tú me detienes en tiempo,
que está rebentando el alma
por dar voces; si deseas
que declare cuanto pasa,
bien harás en detenerme.

DON JUAN.

Detenla, Pedro.

PEDRO.

No vayas
enojada hermosa, Elena,
hasta que sepas la causa
por qué dijo Serafina
aquellas necias palabras.

ELENA.

Enojada yo, por qué?
Ah perro, quién te sacara
el alma!

PEDRO.

Tente, señora,
tente, por Dios, que me matas.

DON JUAN.

Si engañar esta muger
ha sido ofensa, que agravia
la verdad de nuestro amor,
deja á Pedro, y tu venganza
ejecuta en mi, que soy
despechado en tu desgracia.

ELENA.

En vuesa merced, porqué?
Si dejasteis la sotana
por esta dama, que puede
serlo de un grande de España:
quién hizo aquellas camisas?
mejor estarán guardadas
para cuando quiera Dios:
qué bien! qué buena cristiana!
Dios cumpla sus deseos:
ay de aquella desdichada
vendida por un traidor.

DON JUAN.

Si no escuchas nadie basta
á poder satisfacerte.

ELENA.

Que pusiese yo en mi cara
esta cédula, este hierro,
que publicase mi infamia,
para que todos le lean!

PEDRO.

Señora, por qué te acabas
y quitas la vida á un hombre,
que solo de verte airada
no sabe tomar consejo?

ELENA.

Hasta ahora no fui esclava,
doña Elena fui hasta ahora,
ya soy la Elena Troyana:
incendio soy de mi misma,
mi propio fuego me abrasa;
quien me ha robado el honor
es quien me vende á mi patria.
Traidor Paris de Sevilla,
firme Elena de Triana;
pero un don Juan hoy me vende,
y el esclavo que maltratan,
huye del dueño; perdone
don Fernando, que á Triana,
me vuelvo, y de alli á Jerez,
porque esclava por esclava,
quiero serlo de mi primo. (*vase.*)

DON JUAN.

Oye.

PEDRO

Espera.

DON JUAN.

Tente.

PEDRO.

Aguarda.

DON JUAN.

Ve presto tras ella.

PEDRO.

Voy.

DON JUAN.

Hoy acabó mi esperanza.

JORNADA TERCERA.

PLAZA.

ESCENA PRIMERA.

Florencio y Ricardo.

FLORENCIO.

Esos eran los enojos,
recibirle y regalarle?

RICARDO.

Es padre, no hay que culparle,
que los hijos y los ojos
tienen poca diferencia:
antes bien la inspiracion
de aquella pronunciacion,
suspiros son de su ausencia.
En efecto está don Juan,
despues de tanta porfia,
con la paz que antes tenia
con hábito de galan.

FLORENCIO.

Imagino pensaréis,
que ama á Bárbara, y tendreis
de esta sospecha testigos;
pues aunque sois tan amigos,
no le veis salir de casa
sin ver que venganza es,
que los vecinos, despues
que supieron que se casa.

RICARDO.

Si amor y celos tuviera,
cualquier injusto rigor
fuera, como mal de amor,
y como amor le sufriera,
celo con una bajeza,
que el valor de amor infama.

FLORENCIO.

Donde hay tan hermosa dama,
con tanta gracia y belleza,
una esclava os trae perdido?

RICARDO.

Amor no tiene eleccion.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos, don Fernando y Fabio.

DON FERNANDO.

Alguna causa y razon
esta mudanza ha tenido:
Bárbara no tiene ya
la alegría que solía;
muy contenta antes servia,
triste por estremo está.

FABIO.

Como don Juan mi señor
ha venido, y has mostrado
en regalarle cuidado,
y á Bárbara poco amor,
estará con sentimiento.

DON FERNANDO.

Una esclava ha de querer
ser como hijo, y tener
el mismo merecimiento?

FABIO.

Culpa al principio tuviste,
como hija la trataste,
y como el amor mudaste;
no te espante que ande triste;
sino es que aquel gentil-hombre
que nunca deja esta puerta,
algo con ella concierta.

DON FERNANDO.

Con bien diferente nombre
me la vendió el capitan.

FABIO.

Pues sino es esto; señor,
serán celos del amor,
que le muestras á don Juan.

DON FERNANDO.

Es aquel el caballero
que dices?

FABIO.

El mismo es.

RICARDO.

Con lo que veréis despues,
remediar mi pena espero,
que sin alguna invencion,
es imposible mover
el pecho de una muger.

FLORENCIO.

Siempre mas felices son
con sus iguales, mas fuera
mejor comprarla.

RICARDO.

Ese intento
fuera loco pensamiento;
por un millon no la diera:
pienso que repara en mí.

FLORENCIO.

Vamos, que os está mirando.

ESCENA TERCERA.

Don Fernando, Fabio, luego don Juan.

D. FERNANDO.

Pues si la esclava inquietando
anda, Fabio, por aquí,
sabré yo darle á entender,
qué respeto ha de guardar

á mi casa.

FABIO.

Codiciar
la gracia de esta muger,
no te espante, que es hermosa,
y su limpieza y aseo
solicitan el deseo
de la juventud ociosa.
Todos se prometerán
facilidad en bajeza,
y no sé que haya aspereza.

DON FERNANDO.

Mucho se tarda don Juan.

FABIO.

La caza, señor, divierte.

DON FERNANDO.

Desde que hoy amaneció
está en el campo; aunque yo
lo tengo por buena suerte;
pues con eso entretenido,
pienso que se le ha olvidado
el casamiento tratado.

FABIO.

Todo lo ha puesto en olvido.

(*Sale don Juan vestido de campo*).

DON JUAN.

Mira, Fabio, ese caballo,
que Pedro se queda atrás:
¡O mi señor! aquí estás?
gracias á Dios, que te hallo
con la salud que deseo.

DON FERNANDO.

Seas don Juan, bien venido:
cómo en el campo te ha ido?
que há un siglo que no te veo.

DON JUAN.

Vuelvo á besarte la mano
por tal favor; pero quiero
contarte....

DON FERNANDO.

Eso no, primero
descansa.

DON JUAN.

Escucha.

DON FERNANDO.

Es en vano;
tiempo queda en que podrás...
ola!

ESCENA CUARTA.

(*Dichos Elena.*)

ELENA.

Señor.

DON FERNANDO.

Llega allí,
descalza á don Juan.

DON JUAN.

A mí?

D. FERNANDO.

Pues es mas que los demás?
siéntate.

DON JUAN.

Pedro, señor,
vendrá ya.

D. FERNANDO.

Qué novedad
es aquesta?

DON JUAN.

Ea pues, llegad.

DON FERNANDO.

Ven luego á comer.

(*vánse.*)

ESCENA QUINTA.

Elena don Juan.

DON JUAN.

Qué error
de mi buena dicha ha sido
el no haberte conocido!
Angel, la mano tened.

ELENA.

Déme el pie vuesa merced.

DON JUAN.

Miro si mi padre es ido,
para darte mil abrazos.

ELENA.

Deme el pie, vuelvo á decir.

DON JUAN.

Ya no es tiempo de reñir,
sino de darme los brazos.

ELENA.

Antes los haré pedazos.

DON JUAN.

Pues volveréme á enojar,
que no te pensaba hablar,
por los celos que me has dado,
que bien sabes que has hablado
con quien me los puedes dar:
de verte me enternecí,
y te he perdonado ya.

ELENA.

Tarde pienso que hallará
vuesa merced para mí
satisfaccion; aunque aquí,
como cera se regale
al Sol, puesto que se vale
de la invencion que propone,
y del propósito sale;
que Ricardo me habla á mí,
cuando por la puerta pasa,
qué importa, si él en su casa
habla á Serafina asi?

DON JUAN.

Es fuerza.

ELENA.

Es amor.

DON JUAN.

Yo?

ELENA.

El, sí,
que hablarme un hombre saliendo
á algun recado, volviendo
á casa, no está en mi mano;

mas vuesa merced en vano
se disculpa, conociendo
el pesar que me hace á mí.

DON JUAN.

Con tantas vuesas mercedes
mira que matarme puedes,
dueño de mi alma, así
que desde que te la dí
aborrecí cuanto amaba.

ELENA.

Dueño yo, siendo la esclava
de vuesa merced?

DON JUAN.

Ya es eso
traicion, malicia y esceso,
amor no, condicion brava.
Ya estoy rendido, qué quieres?
por Dios, que de tu me nombres;
qué fuertes sois las mujeres!

ELENA.

Tú dices que tierno eres?
siempre habemos de buscar?

DON JUAN.

Siempre habemos de rogar?
Quién no se deja morir,
para no llegar á oir
tu término de matar!
Ay, si en el campo me vieras
de pechos sobre una fuente,
aumentando su corriente
con lágrimas verdaderas!

ELENA.

Por Serafina?

DON JUAN.

Ay locura
tan grande! que si procura
su olvido matarme así,
yo quiero imitar de tí
la misma descompostura.
Señor, esta es doña Elena,
con quien pretendí casarme;
ven á matarme.

ELENA.

A matarme
vendrá primero tu pena.

DON JUAN.

Déjame.

ELENA.

La lengua enfrena,
loco de mis ojos.

DON JUAN.

Qué?

ELENA.

De mis ojos dije? erré.

DON JUAN.

Ya lo dijiste, ya eres
mi dueño.

ELENA.

Si, pues quieres
quo yo te quiera sin fé.

ESCENA SESTA.

Dichos, Pedro de caza.

PEDRO.

Gracias al Cielo, que os veo
en paz.

DON JUAN.

Como te has tardado?

PEDRO

El pájaro lo ha causado,
que es algun demonio creo.
Que haya quien cace en el mundo!
que vaya siguiendo, en fin,
un hombre con un rocin,
que le despeñe al profundo,
aves que andan por el viento!
Solo hallo disculpados
los naipes, porque sentados
es dulce entretenimiento.
Quién puede en trucos sufrir
dos torneadores crueles,
y una mesa sin manteles,
con dos varas de medir,
que parecen las casitas
de corral de vecindad,
con mucha curiosidad
tirándose las bolitas?
Las cazas y pajarotes,
allá son para los reyes,
que tienen libros y leyes,
porque con dos matalotes,
y un neblí tuerto de un ojo,
quién diablos sale á cazar?

DON JUAN.

Vete, Pedro, á descansar,
que vienes con mucho enojo;
y vos, mi bien, ya quedais
en paz comigo.

ELENA.

Primero.
quiero que jures....

DON JUAN.

Yo quiero. .
juro que vos me mateis.

ELENA.

De no ver al Serafin,
que piensa que has de ser suyo.

DON JUAN.

Eso juro, y de ser tuyo.

ELENA.

Y el Serafin?

DON JUAN.

Serafin
en mi vida le veré,
sino á ti, que lo eres mia!

PEDRO.

Qué glosa hacerse podia.

ESCENA SEPTIMA.

Elena, luego Finea.

ELENA.

Qué poco sabe sufrir

una locura de amor!
pero quién tendrá valor
para dejarse morir?
O no se habia de oir,
ó no amar, que no hay porfia
de celosa fantasía,
que estándose defendiendo,
dure sin rendirse, oyendo:
sino á ti, que lo eres mia.
Celos, si estais satisfechos,
qué quereis? dejadme aquí;
y pues que ya me rendí,
ya debeis estar deshechos:
Si mas daños, que provechos,
resultan de mi porfia,
crueidad matarme seria;
no tires flechas al aire,
que dijo con gran donaire:
sino á tí, que lo eres mia.

FINEA.

Bárbara, es tiempo de verte?

ELENA.

Qué quieres, Finea amiga¿
despues que el señor don Juan
vive en casa, no hay quien viva,
porque con la ocupacion
de balonas y camisas,
ni yo sé cuando es de noche,
ni menos cuando es de dia.

FINEA.

Qué trabajos!

ELENA.

Cómo está
tu señora Serafina?

FINEA.

Dada al diablo, que se ha hecho
un tígre, una serpiente libia;
mejor fuera ya llamarla
demonia, que Serafina;
que como está enamorada,
no hay quien la sufra ni sirva,
todo es mirarse al espejo,
todo es joyas y sortijas,
endemoniarse ó enmoñarse;
ya se toca, ya se enriza:
todo es mirar sí la ve,
y todo ver si la mira,
todo acechar por las rejas,
que están ya las celosías
cansadas de darla calle.

ELENA.

Házele muchas visitas
mi amo?

FINEA.

Siempre está allá.

ELENA.

Siempre?

FINEA.

Es lindo rompe sillas;
al cinco de oros parecen
los dos, que siempre se miran,
él, ensillado, y mi ama
como potro de Sevilla,
ensillada y enfrenada.

ELENA.

Quiérense mucho?

FINEA.

Suspiran
como borricos en prado.

ELENA.

Casaránse?

FINEA.

Eso porfian.

ELENA.

A qué venías¿

FINEA.

A darle
este papel de mentiras:
y á fé, que tiene un secreto.

ELENA.

Qué secreto por tu vida?

FINEA.

Bárbara, no lo preguntes,
no es posible que lo diga.

ELENA.

Esa es lo amistad?

FINEA.

Perdona.

ELENA.

Y si jurase?

FINEA.

Aun podria
ser que lo dijese.

ELENA.

Yo
soy tu verdadera amiga;
dame el papel, que don Juan
le halló en el campo, y descansa;
que el secreto, pues porfias,
yo no lo quiero saber.

FINEA.

Si no juraste.

ELENA.

Si obliga
el juramento yo juro,
que nunca vuelva á las Indias,
que es lo que yo mas deseo
desde que vine de Lima,
si revelare el secreto,

FINEA.

Pues sabe, que una vecina...
óyenos alguien?

ELENA.

No hay nadie.

FINEA.

Que es una sábia Felicia,
ha perfumado el papel
con veinte borracherias,
para que don Juan se case;
dásele, y no se lo digas,
asi Dios nos libre á entrambas.

ELENA.

Del secreto que me fias,
haré escritorio en el alma.

FINEA.
Pues á Dios, que voy de prisa
á ver aquel pagecillo,
que me viste el otro dia
hablar junto á calle Francos.
(*Váse.*)

ELENA.
Qué poco duran las dichas!
tornasol parece el bien,
que á cualquier parte la vista,
conforme la luz que toma,
halla la calor distinta.
Ay Dios! por qué persevero
en tal vida, en tal porfia?
por qué aguardo desengaños,
donde tantos me la quitan?
Cuando en mejor ocasion
á Triana me volvia,
por qué me tuviste, amor,
con lágrimas y mentiras?
Qué muger fuí tan mudable!
pues no há una hora que decia
don Juan, con alma traidora,
que era yo su alma y su vida.
Ojalá fuera yo, que el mismo dia
yo me matara, si lo fuera mia.

ESCENA OCTAVA.

D. Juan y Pedro.

DON JUAN.
No es posible sosegar.
PEDRO.
No es mucho, teniendo amor;
mas el desden y el favor
suélense siempre hermanar:
y todo, en fin, es perder
el sexo por disparates.
DON JUAN.
Elena mia?
ELENA.
No trates
de hablarme, que no ha de ser
esta vez como hasta aqui.
Yo no digo que me iré,
si no que aqui me estaré,
á ver lo que haces de mi.
Yo quiero aguardar á ver
tu casamiento, y te ruego,
porque importa á mi sosiego,
que hoy sea, si puede ser,
ó por lo menos mañana;
que con dejarte casado,
iré, don Juan sin cuidado,
y muy contenta, á Triana.
Alli mi primo y mi tio,
si no han venido, vendran:
poco me debes, don Juan,
pues solo pasar el rio
por esa puente me debes
con este hierro fingido,
por quien vendida he sufrido
penas y trabajos breves;
que no fuí á Lima por tí,
ni por bastos horizonte,
pasé mares, subi montes,
ni hacienda ni honor perdí.
Vuelvo con manos y pies:
qué hay perdido?
DON JUAN.
Que es aquesto,
Pedro amigo?
PEDRO.
Es agua en cesto,
humo, espuma y viento es:
es un puñado de arena,
es cuando el Astro se mueve,
cielo que hace sol y llueve,
y es luna menguante y llena:
desde lo de la costilla,
no tienen segura espalda;
cual eres para Giralda
de la torre de Sevilla!
DON JUAN.
Ay tan estraña mudanza!
aun no aguardarás una hora
para mudarte señora?
ELENA.
Ay de mí, loca esperanza!
DON JUAN.
Mi bien, yo salí de aqui,
y de tus brazos tambien;
quién te ha mudado, mi bien,
en cuanto de aqui salí?
ELENA.
Menos mi bien, que no estoy
para ser su bien, y advierta,
que es esta verdad tan cierta,
que el testigo no le doy
en este papel tan tierno, (*Dáselo.*)
como de aquel su cuidado;
porque viene perfumado
con pastillas del infierno.
Aqui le trajo la esclava
del Serafin que visita;
ques esta la retroescrita,
para qué me lo negaba?
Porque se ha de enamorar
con él, no lo ha de leer;
ni yo para no lo ser,
de quien quisiera matar
con las manos y los dientes.
DON JUAN.
Elena, si ahora vengo
del campo, qué culpa tengo
de esos locos accidentes?
tener celos con razon
no es mucho; pero sin ella,
quien lo quisiere, atropella
con tal determinacion.
ELENA.
Dice este señor muy bien,
y Pedro dirá, que es justo

que ne se le dé disgusto,
y yo lo diré tambien.
No es verdad, Pedro?

PEDRO.

Señora,
no apruebo esa mansedumbre,
que callar con pesadumbre,
arguye intencion traidora.
Qué importa que Serafina
haya escrito ese papel?

ELENA.

Ser moreno y moscatel,
es un Flamenco en la China:
pero por qué es necesario
que la historia se declare?
lo que de mí resultare
sabrá para otro ordinario.
Y solo por culpa mia
le digo á mas no poder,
que mal haya la mnger,
que de los hombres se fia.

PEDRO.

Espera un poco.

ELENA.

No hay poco,
si no mucha rabia y pena.

(*váse*).

DON JUAN.

Yo pienso, Pedro, que Elena
pretende volverme loco.

PEDRO.

No te espantes, si á sus manos
llegó este negro papel,
ya no blanco, pues lo es él
de celos tan inhumanos:
declárate, que es morir
andar templando el humor
de este jumento de amor.

ESCENA NOVENA.

Dichos, Florencio y Ricardo.

RICARDO.

Esto le vengo á decir.

FLORENCIO.

Quedo, que está aqui don Juan.

RICARDO.

A vuestro padre buscaba.

DON JUAN.

Qué es, señor, lo que mandais?

RICARDO.

Señor don Juan, he pensado
que notan en esta casa
que hablé á esta esclava vuestra,
porque la malicia humana
siempre piensa lo peor,
y que con esto se cansa
de mí el señor don Fernando;
y es, que si con ella hablaba,
era para reducirla
por bien, ó por amenazas,
que ante la justicia diga
los dias que há que me falta;
porque un dia me la hurtó
un soldado, que engañada
con casamiento y amores
la embarcó y la trajo á España.
Ella porque acaso os mira,
niega, mas no importa nada,
que la verdad siempre vence.

DON JUAN.

Y muchas veces se engañan
los ojos, y puede ser
que se parezca esta esclava
á la que os llevó el soldado.

RICARDO.

El nombre, el rostro y la habla
la ha de tener sin ser ella?
Yo bien pudiera sacarla,
como lo haré, sin dinero
probando que es prenda hurtada;
pero por estar aqui,
y respetar vuestra casa,
daré el precio que costó.

DON JUAN.

Vuesa merced su probanza
haga por hallá, y no crea
que toda la plata indiana
será de Bárbara precio;
y en esto pocas palabras,
porque siento que me burlen.

RICARDO.

Todo lo que aqui se trata
es tan de veras, que presto
os lo dirá la probanza,
remitiendo á la justicia
lo que no es justo á la espada.

(*váse.*)

ESCENA DECIMA.

Don Juan y Pedro.

PEDRO.

Hay semejante maldad!

DON JUAN.

Mi paciencia ha sido tanta,
porque he pensado, y es justo,
que como los años pasau,
pensará este caballero,
que esta es Bárbara, su esclava,
por el nombre y por si acaso
tendrá alguna semejanza
con la que en Indias tenia.

PEDRO.

Esa habrá sido la causa
de hablarla, y de darte celos.

DON JUAN.

Confieso que me los daba,
como Serafina á Elena:
mss dime, qué haré?

PEDRO.

Quitarla
este necio pensamiento

de que con ella te casas.

DON JUAN.

Cómo?

PEDRO.

Hablando, regalando,
y jurando que si hablas,
juras, y regalas, no es
mar, monte, ni tigre Hircana,
y si muger tierna y sola,
que oye, mira: entiende y ama.

DON JUAN.

Qué desdichados amores!
cuando esto en Grecia pasara,
no era mucho; pero es mucho
entre Sevilla y Triana:
temo su honor y su vida.

ESCENA XI.

Dichos, y Fabio.

FABIO.

Si albricias, señor, me mandas
sabrás las mejores nuevas
que puede esperar tu casa.

DON JUAN.

Yo te las mando.

FABIO.

Han de ser
las que de tu mano aguardan
mi servicio y mi deseo.

DON JUAN.

Di presto.

FABIO.

Vino la plata:
pudo ser mas presto?

DON JUAN.

No:
hay cartas?

FABIO.

Trajo la carta
Leonardo, y por las albricias,
á Sesafina su hermana
tu padre un diamante envia,
y allá no sé que se tratan
los dos.

DON JUAN.

Quién llevó el diamante?

FABIO.

Bárbara.

PEDRO.

De toda España
será esta plata el remedio;
suplirá, señor, las faltas
de las pasadas fortunas.

FABIO.

Las albricias que me mandas
no te han de costar dinero.

DON JUAN.

Qué quieres?

FABIO.

Solo que vayas,
y le pidas al señor...

DON JUAN.

Dí lo demas, qee te paras?

FABIO.

Que con Bárbara me case,
porque es India, aunque esclava,
de gente muy principal.

DON JUAN.

Pedro, solo esto faltaba.

PEDRO.

Si quiere lo que tu quieres,
milagros son de su cara.

DON JUAN.

Hasla hablado?

FABIO.

Ayer la bablé,
y se puso como un nácar.

DON JUAN.

Ahora bien, á hablarla voy.

FABIO.

Vivas mas, por merced tanta,
que un bando en ciudad pequeña.

DON JUAN.

Hoy se juntan mis desgracias:
qué habrá que no me persiga!

(Vase).

PEDRO.

Brava mnger, Fabio.

FABIO.

Brava.

PEDRO.

Tuya pienso que será
aunque el casamiento amansa.

(vánse).

ESCENA XII.

Elena, Serafina, y Finea.

SERAFINA.

Aquella ropa, Finea,
á Bárbara la darás,
y á tu señor le dirás
que el rico diamante emplea
en sola mi voluntad.

ELENA.

Y en vuestro merecimiento,
que aun le juzgo atrevimiento
si valiera una ciudad.

SERAFINA.

Ya, Bárbara, no me vés?
soliamos ser amigas.

ELENA.

Ay señora! no lo digas
por tu vida, que despues
que vino á casa don Juan
mi señor, no tengo un punto
de descanso; porque junto
todo el trabajo me dan.
Piensas que la hacienda es poca?
todo es labar, jabonar,
y almidonar: no hay lugar
para ponerme una toca.

SERAFINA.

Pues no te se echa de ver:

envídia tengo á tu aseo.

ELENA.

Antes si os veis, como os veo,
de vos la podeis tener,
que si ya por él no fuera,
veros fuera mi placer;
pero cómo os puedo ver,
si nunca veros quisiera?

SERAFINA.

Eso que te cansa á tí,
tuviera yo por regarlo,

ELENA.

Pues es para mí tan malo,
que vivo fuera de mí.

SERAFINA.

Yo como quiero á don Juan,
solo servirle deseo.

ELENA.

Yo tambien, mas siempre veo,
que pesadumbres me dan.

SERAFINA.

Pocas tendrás, que ya está
mi casamiento tratado;
porque se ha desengañado
don Fernando de que ya
es imposible volver
el hábito que solia.

ELENA.

Deseando estoy el dia,
que don Juan tenga muger,
para pedir libertad.

SERAFINA.

Nó la tendrás si yo puedo.

ELENA.

Si vos os casais, ya quedo
libre; ay si fuese verdad!

SERAFINA.

Ruégalo, Bárbara, á Dios,
que aunque yo no lo merezca,
siempre que ocasion se ofrezca
de que esteis juntos los dos,
dile alabanzas de mí.

ELENA.

Y cómo que las diré?

SERAFINA.

Un vestido te daré.

ELENA.

Como eso espero de tí.

SERAFINA.

Enamórale, que puede
mucho una buena tercera.

ELENA.

Puesto que no lo estuviera,
tengo de hacer lo que quede.

SERAFINA.

Pues abrázame, y á Dios.

ELENA.

El os guarde reina mia. (*Abrázala*).

SERAFINA.

Ay! llegue, Bárbara, el dia,
que estemos asi los dos.

(*Vase.*)

ESCENA XIII.

Elena sola.

ELENA.

Cansóse la fortuna en perseguirme,
que ya no tiene mayor mal que hacerme:
qué necia he sido yo, por muger firme!
qué puedo ya perder, si no perderme?
Vamos adonde salga á recibirme
aquel traidor, que acaba de venderme,
que fundado en el gusto de engañarme,
por matarme, no acaba de matarme.
Entrando voy por esta casa ahora,
como quien sube pasos á la muerte,
y apenas tiene ya de vida una hora,
y en esa voy, dulce enemigo á verte.
Este hierro de amor, que el amor dora,
esta crueldad de mi fuerza advierte,
este será blason para mi nombre,
que ha de informar la ingratitud de un hombre.

ESCENA XIV.

Elena, don Juan y Pedro.

DON JUAN.

Muestra ese espejo.

PEDRO.

A que efecto,
si está aqui Elena, señor?

DON JUAN.

Con la tapa del rigor
no será el cristal perfecto.

PEDRO.

Criados hay por aqui,
mirad los dos como hablais,
que celosos no mirais
en que os miren.

DON JUAN.

Es asi:
llega, y ponme la balona.

ELENA.

No quiero.

DON JUAN.

Qué buena esclava!

ELENA.

Cuando lo fuera, no estaba
obligada mi persona
á llegaros á la cara;
eso es de propia muger:
llamad la que lo ha de ser,
que á mí me cuesta muy cara.

DON JUAN.

Huélgome de que lo niegues,
pues quedo, como es razon,
libre de la obligacion.

ELENA.

Que la escritura me entregues
aguardo.

DON JUAN.

Cuál escritura?

ELENA.

Esa de tu casamiento,

porque es el apartamiento,
que mi libertad procura.

DON JUAN.

No si no la que Ricardo
dice que tiene de ti.

ELENA.

Qué Ricardo?

DON JUAN.

Vino aqui
ese tu amante gallardo,
y dice, que eres su esclava,
y que un soldado te hurtó;
esto bien lo entiendo yo.

ELENA.

Pues, no, si tan claro estaba?

DON JUAN.

Y como, si es invencion,
que entre los dos se ha tratado,
para irte, sin cuidado
de mi padre y tu opinion?

ELENA.

Cuando yo me quiera ir,
á donde me han de buscar?

DON JUAN.

Pues yo me quiero vengar,
que sé amar y no fingir:
llega, llega.

ELENA.

Si llegara,
si en cada mano tuviera
cinco puñales.

PEDRO.

Hiciera
rayo tu cara.

DON JUAN.

Repara.
en la crueldad con que vienes.

ELENA.

Qué importa que te quitára
la cara, pues te dejara
una de las dos que tienes?

PEDRO.

Esta amistad quiero hacer.

ELENA.

Con este principia. (*Dále*).

PEDRO.

Dióme.

ELENA.

Eso el alcahuete tome,
mientras que le vuelvo á ver.

ESCENA XV.

Dichos, don Fernando.

DON FERNANDO.

Qué es esto, Bárbara?

ELENA.

Ha dado
Pedro en requebrarme.

D. FERNANDO.

Ha hecho
muy bien.

PEDRO.

Estoime burlando,

ELENA.

Conmigo se burla el necio?

DON FERNANDO.

Don Juan, pues ya estas vestido,
esta mañana vinieron
Leonardo y el escribano;
entra, por tu vida, adentro,
firmaremos la escritura,
que los suyos, y mis deudos
han ido por Serafina
tu muger; porque sabiendo,
que fué por quien has dejado
aquel intento primero,
como ella misma me ha dicho,
y que siendo tu deseo,
no tuve que preguntarte,
hicimos nuestro concierto,
con el secreto que es justo;
en fin, te casas sin suegro,
y con veinte mil ducados.

DON JUAN.

Ahora, señor, tan presto?
mirémoslo mas despacio.

DON FERNANDO.

Por Dios, don Juan, que no entiendo
tu condicion; ni casado
ni clérigo?

DON JUAN.

Yo no puedo
dejar de ser obediente;
pero digo, que pensemos
si acertamos mas espacio.

DON FERNANDO.

Si acertamos, majadero?
mereceis vos descalzar
á Serafina? qué es esto?
dejais cinco mil ducados
por ella, y ahora, necio,
quereis quitarme el juicio?
entrad dentro.

DON JUAN.

Voy: ay Pedro!
quédate aqui con Elena.

(*Vase*).

ESCENA XVI.

Dichos, menos don Juan.

PEDRO.

Hablando de Elena quedo.

DON FERNANDO.

Ea, Bárbara, esta casa
me poned como un espejo,
aderezad ese estrado:
tristeza? pues qué tenemos?
qué cara es esa? no hablais?
Dias há, perra, que os veo
muy triste y muy enronada:
Vos pensais, que no os entiendo?
érades ya la señora,
y con este casamiento

os pesa que Serafina
á esta casa venga á serlo,
que desde que se trató;
andais que es verguenza veros.
Estábades enseñada
á hombre solo; pues poneos
de lado, que tengo nuera,
que ha de tener el gobierno
y las llaves de mi casa.
Qué te parece á tí; Pedro,
de esta esclava?

PEDRO.

Señor,
tiene poco entendimiento:
la mejor, cuando se emperra,
tiene estos reveses.

DON FERNANDO

Creo
que la habremos de vender.

(Váse).

ESCENA XVII.

Elena y Pedro.

ELENA.

Adonde habrá snfrimiento *(aparte)*.
para tan grandes fortunas?
ya no me bastaba, cielos,
perder honra y opinion,
si no pasar por desprecios
de esclava, como si fuera
verdad que lo soy! mas pienso
que siempre lo fuí, y el hombre
que me ha perdido, es mi dueño.
Pedro, sabes tú quien soy?

PEDRO.

Qué dices?

ELENA.

En algun sueño
pensé que era de Triana
una muger que trajeron
de Méjico alli sus padres:
su nombre, si bien me acuerdo,
era doña Elena.

PEDRO.

Mira
que este triste pensamiento
te vuelve loca; no eres
esclava, que amor te ha hecho
herrar el rostro.

ELENA.

Es verdad:
si, bien dices, amor tengo;
pero sin duda soy yo;
sábeslo, Pedro, de cierto?

PEDRO.

Pues no? y como que lo sé;
y que el hierro que te has puesto
te agradece mi señor,
porque han mentido los celos,
si te dicen que pretende
ese injusto casamiento
de Serafina.

ELENA.

Ah traidor,
fementido, infame, perro;
yo te quitaré la vida,
que como fuiste el tercero
de sus amores, me engañas.

PEDRO.

Señora, envaina los dedos,
que me has deshecho la cara:
que se le antoje el pescuezo
á una preñada, esta bien
muerda, pero no con celos.

ESCENA XVIII.

Dichos, Leonardo, Serafina y Fine a.

LEONARDO.

Si habrá venido el notario?

FINEA.

Aqui estan Bárbara y Pedro.

SERAFINA.

Pero donde está don Juan?

PEDRO.

Pienso que están alla dentro,
él, su padre y el Notario.

SERAFINA.

Bárbara. no me hablas?

ELENA.

Vengo
á aderezar los estrados
y componer los asientos
para los jueces que hoy
han de sentenciar mi pleito.

ESCENA XIX:

Dichos, don Juan, don Fernando y el Notario.

NOTARIO.

Solo resta qne firmeis,
pues ya vino esta señora.

DON FERNANDO.

Mi Serafina, en bnen hora
esta vuestra casa honreis.

ELENA.

Que pueda yo estar aqui:
qué perdon del rey espero'
si llega el cordel primero?

SERAFINA.

Señor, hoy teneis en mí
uua esclava en vusstra casa.

ELENA.

Pues si ya esclava teneis...

PEDRO.

Calla, hasta ver lo que pasa.

ELENA.

Como puedo yo callar?

PEDRO.

Tú lo has de echar á perder.

ELENA.

Pues qué me falta que hácer,
si no dejarlos casar?

DON FERNANDO.
Pedro, qué dice esa esclava?
PEDRO.
No sé que pasion la dió
de unos berros que cenó,
si acaso en ellos estaba,
cual suele algun amapelo.
DON FERNANDO.
Pues calle, ó llevála allá.
NOTARIO.
Sabed, señores, que está
la ejecucion, quiera el cielo,
hecha por esta escritura,
concierto de voluntad.
ELENA.
Hay tal maldad!
PEDRO.
Calla, sufre, ten cordura:
no ves que la estan leyendo,
y que la quieren firmar?
ELENA.
Qué me queda que esperar,
Pedro, si me estoy muriendo?
PEDRO.
Desde una reja miraba
un canónigo en Toledo
una mula, que sin miedo
de una peña en otra daba
para despeñarse al rio;
dábanse prisa al salir
y él, sin cesar de reir
daba en aquel desvario
hasta verla despeñar:
pero viendo como un rayo
ir tras ella su lacayo,
volvió el placer en pesar;
sabiendo que era suya:
y puesto, Elena, que sea
comparacion baja y fea,
para la desgracia tuya,
parece que esta don Juan
viéndote andar por las peñas,
y quo he visto por las señas,
que ya mis ojos le dan,
aunque el dolor disimula,
para dar voces dispuesto,
señores, acudan presto,
que se despeña mi mula.
ELENA.
Pues ya me ha desconocido,
él me dejará caer.
PEDRO.
Ya acabaron de leer.
ELENA.
Yo he de perder el sentido.
NOTARIO.
Con este podeis firmar.
Quítale la escritura Elena, y la rompe.
ELENA.
Mas yo firmaré por él,
que con rasgar el papel,
me acabo de despeñar.

DON FERNANDO.
Suelta la escritura, loca.
ELENA.
Pues suéltame él á mí,
por quien el sexo perdí.
DON FERNANDO.
A qué dolor me provoca!
DON JUAN.
Temblando estoy! si diré (*aparte*).
quién es?
NOTARIO.
Toda la rompió.
DON FERNANDO.
Llevadla de aqui.
ELENA.
Si yo
soy loca, la culpa fué
ese traidor, que me ha dado
la causa por que lo estoy.

ESCENA XX.

Dichos, Finea.

FABIO.
Aqui estan
señor, con un mandamiento,
para que se deposite
esta esclava.
DON FERNANDO.
Entre su dueño,
sin los que vienen con él,
que este no es dia de pleitos,
y es mucha descortesia.

ESCENA XXI.

Dichos, Ricardo y Florencio.

RICARDO.
Yo vine aqui, no sabiendo
esta ocupacion, señores,
y que perdoneis os ruego,
que yo volveré otro dia.
ELENA.
Para qué, si desde luego
digo, que mi dueño sois,
y que como á tal os quiero?
Ea, vámonos de aqui,
que cuanto decis confieso,
que si negaba ser vuestra,
fué la causa el amor ciego
que en esta casa tenia,
pero ya conozco el vuestro:
ea, qué hacemos aqui?
RICARDO.
Pues para que no entren dentro
los que han venido conmigo,
guardando justo respeto,
dadme, señores, licencia,
para que como su dueño:
lleve esta esclava á mi casa.

DON JUAN.
No pienso yo, caballero,
que basta para llevarla,
que con el mucho esceso,
de la locura en que ha dado,
diga que es vuestra.
DON FERNANDO.
Sin esto,
son cuatro cientos escudos
los que han de venir primero,
que la saquen de esta casa.
RICARDO.
Si me la hurtaron, no tengo
obligacion de pagarla:
pésame de haberos puesto
demanda en esta ocasion;
pero esto tiene remedio,
depositándola en tanto
que averiguamos el pleito.
DON JUAN.
Que depósito mejor
se le puede dar, que el nuestro?
RICARDO.
Eso no, mas por los dos
la tendrá el señor Florencio.
ELENA.
Para qué, si yo soy vuestra,
y lo digo y lo confieso?
Si en el dinero consiste,
vengan á contarlo luego;
porque de la misma suerte
allí en escudos lo tengo,
como lo dió don Fernando.
DON JUAN.
Dejádmela hablar primero:
oye aparte.
ELENA.
Qué me quieres?
DON JUAN.
Elena, aunque estas sin sexo,
no igualas á mi locura;
porque entre tantos estremos
de confusion divertido,
solo en pensar me detengo
como, guardando tu honor,
podemos hallar un medio,
para que lleguen al fin
tu esperanza y mi deseo.
ELENA.
O qué gracioso letrado!
preguntadle el cuento á Pedro
del canónigo y su mula,
que estais muy despacio, viendo
que voy al profundo pico
de la ingratitud que veo
en vuestra crueldad, don Juan,
de peña en peña callendo.
Ea, vámonos de aquí;
Ricardo ha de ser mi dueño,
yo le daré posesion
de mi alma y de mi pecho.
Y tú, perro fementido;
quedarás trocando el hierro
por infamia de los hombres:
cobarde, vil caballero,
mal parecido á tu padre,
si no á quien...
DON JUAN.
Tente.
ELENA.
No quiero.
DON JUAN.
Tente, luz de aquestos ojos,
mi bien; tente.
DON FERNANDO.
Qué es aquello?
ojos y bien á una esclava?
RICARDO
Vamos, Bárbara.
DON JUAN.
Teneos;
que os engaña el parecerse
á quien pensais.
RICARDO.
Lo que pienso
es que aquella esclava es mia.
DON JUAN.
Mirad si el engaño es cierto,
pues es mi muger.
DON FERNANDO.
Quién?
ELENA.
Yo.
DON FERNANDO.
Muger una esclava, perro?
nunca viniera á mi casa.
Llevadla, señor, os ruego
llevadla, que yo os perdono
los escudos.
ELENA.
Paso quedo,
que soy mejor que don Juan,
que por agradecimiento
de que dejase por mi
dignidad, padres y deudos,
sabiendo que vos airado,
por venganza ó por desprecio,
queríades adoptar
por hijo y por heredero
desesperado consejo!
hice que un criado mio
me vendiese, que este hierro
es fingido, como veis (*quítaselo*)
pues me lo quito tan presto.
Es doña Elena mi nombre,
vivo en Triana; no es tiempo
de cansar con relaciones,
disculpo á este caballero,
que me tuvo por su esclava;
y á esta señora la dejo
á don Juan, porque es muy justo,
con que á Triana me vuelvo,
contenta de que ya he sido,
para ser valiente hecho,

esclava de su galan.

SERAFINA.

La accion que á casarme tengo,
señora, os doy por hazaña
de tanto valor.

DON FERNANDO.

Suspenso
de lo que mirando estoy,
digo, que á don Juan le ruego
la dé la mano y los brazos;
porque tan bizarros hechos
merecen premios mayores.

PEDRO.

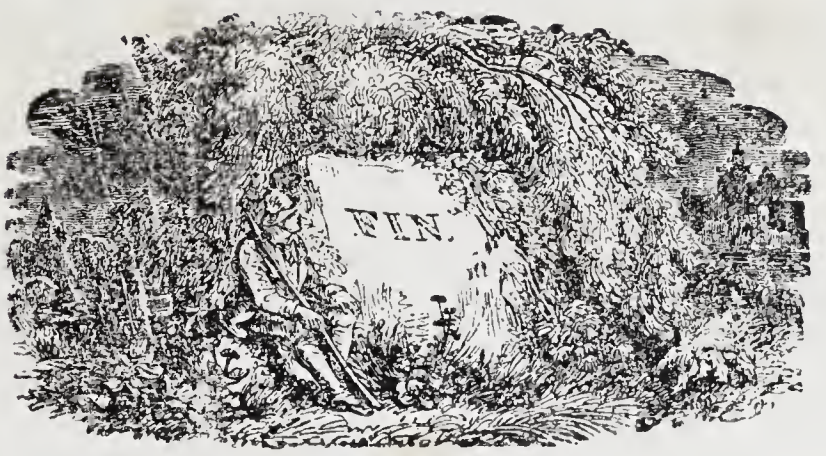
Señores oigan á Pedro.

DON JUAN.

Qué quieres decir?

PEDRO.

Que aqui,
senado ilustre y discreto,
la esclava de su galan
da fin; perdonad sus yerros.



Un drama cada mes y un periódico semanal.

Cuatro reales en Madrid y cinco en provincias.

Se suscribe en las principales librerías del Reino, y por medio de libranza directa.

Este periódico, sostenido por una sociedad de empresarios, autores y actores dramáticos, se consagra á la proteccion de los artistas españoles, á cuyo efecto todo suscritor tiene derecho de encomendar á la empresa sus encargos respecto á contrata de actores, publicacion y aprobacion de obras originales etc. etc.

Lista de los señores suscritores al periódico, por órden de antigüedad:

Exmo. señor Marqués de Fuentes de Duero.
Señora doña Josefa Masanés de Gonzalez.
Señorita doña Angela Grassi.
Exmo. señor Conde de Bornos.
Don Eusebio Asquerino.
Don Eduardo Asquerino.
Señora doña Jacoba del Campo.
Don Juan del Manzano.
Don Meliton de Lujan.
Don Manuel Sanchez del Pozo.
Señor Conde de la Torre Mayoralgo.
Don Justo Palomar.
Don Manuel Garcia Grande.
Don Bruno Fernandez Bildosola.
Don José Maria Rojo.
Don Antonio Borrega.
Don Cárlos Cano.
Don Mariano Serra.
Señor Gobernador Civil de Gerona.
Don Manuel Ortiz.
Don José Giralde.
Don Antonio Gonzalez.
Exmo. señor don Vicente Beltran de Lis.
Exmo. señor don B. Sebastian Castellanos.
Don Luis Piernas.
Don Luis Maria Pastors.
Exmo. señor don J. Alvarez Mendizabal.
Doña Petra del Castillo.
Don Marcial Lopez.
Exmo. señor Marqués de Benameji.
Don Juan Fagundez.
Exmo. señor B. Pascual Gayangos.
Don Pedro Montaño.
Don Cayetano Villa Gomez.
Exmo. señor General Mesina.
Don Valentin Cordera.
Don Vicente Cabanillas.
Exmo. Marqués de Vallehermoso.
Don Ramon Corrés.
Don Bonifacio Alvarez.
Don José María Moya.
Don Pablo Prats.
Don Alejandro Font.
Don Francisco Carnero Lopez.
Don Tomás Roure.
Exma. señora doña G. Gomez de Avellaneda.
Don Manuel Lostalo.
Don Valentin Lopez.
Don Antonio Lujan.
Don Toribio Nardino.
Don Luis Ramos.
Don Joaquin Alfonseti.
Don Francisco Morales.
Don Domingo Amores.
Exmo. señor don Luis Gonzalez Bravo.
Don Alfonso Gullon.
Don Andrés del Corral.
Don Francisco Amarillas.
Don José Maria Diaz.
Don Mariano Lanz.
Exmo. señor Marqués de Malpica.
Exmo. señor don Patricio de la Escosura.
Don Modesto de Lafuente.
Exmo. señor don Manuel Breton de los Herreros.
Don Francisco Aranda.
Don José Gallardo.
Don Felipe Uribarri.
Don José Sanchez del Pozo.
Don José Palacios Guerra.
Don Julian Guillen Flores.
Don Julian Sanchez del Pozo.
Don Antero Hurtado.
Don Lucas Hernandez.
Don José Viniegra.
Don Ildefonso Urguia.
Don Juan Gallego y Sanguino,
Don Diego Mendoza.
Don Juan Cepeda.
Don Juan Borrega.
Don Vicente Salas.
Don Julian Sandianes,
Don Marcelo Beltran.
Don José Meneses.
Don Rafael Santisteban. *(Se continuará.)*